

LA CONSAGRACION DE LOS NUEVOS OBISPOS

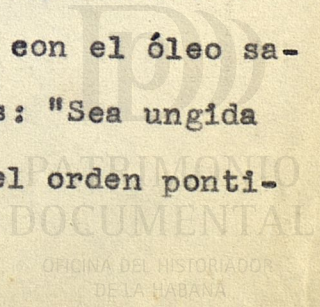
En la mañana del miércoles 28 de octubre tuvo efecto en la Catedral la ceremonia de consagración de los tres nuevos obispos, dos de los cuales electos para las Diócesis de la Habana y Pinar del Río, y el último para la de Juliópolis.

Fué la vez primera que los fieles cubanos presenciaban tan alta é imponente ceremonia, motivo por el que las naves amplísimas de la Catedral aparecían totalmente ocupadas por una multitud numerosa, ávida de contemplar aquel espectáculo nuevo, con sus bellos ritualismos y sus interesantes solemnidades.

Representaciones de todos nuestros organismos sociales concurren allí para comunicar brillantez al acto: secretarios de Despacho, Tribunal Supremo, Audiencia, Universidad, Instituto de segunda enseñanza, altos empleados del estado, Alcalde, consejales, partidos políticos; todos tenían su puesto entre el numerosísimo público.

Luego, un extenso prefacio que ocupó más de hora y media, durante el cual se practicaron multitud de ceremonias nuevas, desconocidas totalmente entre nosotros, y de las que hacemos gracia en este sitio ya que la prensa diaria las ha relatado en todos sus detalles.

Llegado el solemne instante de la consagración, avanzaron los tres obispos electos, rodeadas sus cabezas por blancos cendales, deteniéndose ante el delegado apostólico consagrante, Mgr. Plácido Luis La Chapelle, quien, majestuosamente, las ungió con el óleo sagrado, pronunciando con voaz reposada estas palabras: "Sea ungiada y consagrada tu cabeza con obediencia celestial en el orden pontifical".



Entonces fuéronle entregados a los nuevos obispos sus báculos simbólicos y puestos los anillos pastorales, mitras y demás ornamentos sagrados.

Durante todo el tiempo de la consagración, las notas vibrantes del órgano corearon unas antifonas entonadas por el coro de varias voces, dirigido por el maestro señor Palau, y una vez terminada, hendieron el aire caldeado de las naves las notas melancólicas del bellissimo Credo de Mercadante.

Después se ofició con gran pompa la misa del día, concluida la cual, y ya investidos de sus sacras indumentarias los tres obispos, ocuparon los solios colocados junto al altar mayor a ambos lados del delegado, Monseñor La Chapelle, escuchando un solemne "Te Deum" ejecutado por las voces y el órgano.

Una vez terminado el "Te Deum", los cinco preladados formados en gran procesión y seguidos de los diáconos, subdiáconos, y sacerdotes asistentes al acto, recorrieron la iglesia bendiciendo a los fieles en ella congregados.

Cuando la gran ceremonia tocó a su fin, los nuevos obispos, conducidos en lujosos carruajes, se trasladaron a la casa episcopal, mientras el público desfilaba apresuradamente, ansioso de relatar los detalles interesantísimos de aquella original ceremonia por la cual se consagraba como Príncipes de la Iglesia a dos compatriotas ilustres y estimados.

Azul y Rojo, 1903.